
ESCRITOS DE GALÁN

LAS IDEAS LIBERALES Y EL CUENTO DE LA DEMOCRACIA COLOMBIANA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Estos párrafos —para dos entregas y quizás un poco desordenados— los he escrito pensando exclusivamente en los jóvenes que mantienen su certidumbre en el destino de Colombia, en aquellos jóvenes que desean sinceramente para la patria una mejor vocación, pero que al apreciar todos los matices de la crisis colombiana, se manifiestan renuentes a decidirse por una posición determinada en la vida política del país.

Me refiero a los jóvenes que no se consideran incorporados en ninguna ideología, porque no se sienten comprendidos, ni explicados por los principios que puedan presentar actualmente nuestros partidos políticos. Hablo de los jóvenes que se hallan a la expectativa de un nuevo

camino, de una nueva alternativa porque presumen fosilizados a los partidos colombianos. Se trata de jóvenes que por la misma generosidad e independencia que poseen, tienen por egoístas, infructuosos y extemporáneos a los sectores de la actual política colombiana.

La tramoya de los partidos

Sucede lo siguiente: en las universidades colombianas se discurre a diario sobre esta crisis de los partidos y de las ideologías. Los universitarios anotan frecuentemente que no hay tesis de fondo en ninguno de los partidos, que ambos están girando en torno de hombres —hombres que no tienen programa distinto de las virtudes que ordinariamente les son atribuidas— y que si en alguna ocasión se escucha algún llamado —simultáneamente altruista— desde

* **Autonomía** (periódico universitario) Bogotá, 4 de abril de 1963.

los partidos, en el fondo hay intereses personales que sólo quieren mantener entre telones la curatela de sus privilegios y desequilibrios.

Pero no es esto lo único que origina y fomenta la desconfianza de los jóvenes respecto de los partidos y de sus dirigentes; la juventud universitaria ve a diario estimulado su volterianismo político por muchas circunstancias; entre otras, la viciosa organización establecida por los partidos, que hace de nuestra democracia una irrisión; la proliferación del demagogo que hace carrera mediante la incitación del humilde y el halago al poderoso; la persistencia en los bizantinismos parlamentarios, mientras se agudizan los males de la República; la reducida visión de la mayoría de los dirigentes que obran exclusivamente en función de posiciones burocráticas; la debilidad económica —comprobada en los tremendos traumatismos del reciente reajuste monetario— que desbarata toda pretendida independencia y soberanía política y cultural.

La esterilidad del escepticismo

Bajo todo aspecto los universitarios tenían la razón en su actitud crítica. Sin embargo, si la crítica no se hace con sincera intención constructiva no conduce a nada. Al insistir en un nihilismo disolvente y obstinado, lo único que se logra es aumentar la confusión y la desesperanza; desesperanza para el país, cuya única ilusión en un futuro mejor está reducida a aquello que la juventud le ofrezca. Por eso los jóvenes estamos obligados —más que nadie— a no marginarnos en

ningún momento de la realidad, de los problemas y de la crisis contemporánea. No tenemos derecho a volverle la espalda a la inmensa tragedia que agobia a Colombia. Nos comprometemos a reflexionar sobre los males de la República y prepararnos para aplicar la debida terapéutica en el momento oportuno, y sólo nos será oportuno el momento en que fundemos nuestra autoridad para solucionar los problemas colombianos en el hecho de conocer tales problemas. Antes todo será prematuro y extravagante.

Los jóvenes estamos en el período de la preparación. Aún no hemos llegado al de la acción. Somos espectadores, aún no somos actores. Es prudente esperar. Estamos en el período del robustecimiento ideológico; primero debemos consolidar un criterio inteligente, denso e independiente. Una vez definamos nuestro criterio de análisis y de juicio, nos corresponde estudiar con él los problemas nacionales; después de examinar con esas consideraciones los problemas colombianos, ya podremos ofrecer soluciones objetivas y seremos capaces de afrontar esa responsabilidad tremenda que se nos va a venir encima: la responsabilidad de reconstruir un país que hoy se halla en lo moral anárquico; en lo económico, colonial; en lo político, demagógico y en lo social, absurdamente injusto.

Lo que quiero proponer

Yo quiero destinar estas anotaciones —hechas en dos contados por lo vasto del tema— sobre el liberalismo y el cuento de la demo-

cracia colombiana, a persuadir a los jóvenes de la inteligencia de la democracia liberal para ofrecerle al país una óptima alternativa en la crisis que ha venido padeciendo y que en vista de las circunstancias se va a prolongar más.

En ese plan de ideas, corresponde demostrar dos cosas; por una parte, que el liberalismo colombiano no corresponde a las verdaderas ideas liberales y, por otra parte, que la llamada democracia colombiana, no es la verdadera democracia.

El antiliberalismo del Partido Liberal Colombiano

Una cosa es el Partido Liberal contemporáneo —sea oficialista o lopista— y otra cosa es la democracia liberal. El llamado Partido Liberal oficialista es una organización al servicio de la minoría que controla lo político, lo económico y lo moral en Colombia. El llamado Movimiento Revolucionario Liberal es un mosaico de ambigüedades en el que quieren coexistir los revolucionarios que creen en la libertad y los que la toman por una ficción, una irrealidad. La democracia liberal, en cambio, es la vocación de Colombia y de todos los pueblos americanos, es aquella democracia que garantiza la libertad, para que cada hombre realice su destino y que asegure la justicia, para que lo realicen todos los hombres. Esa sería la definición de Castelar si hubiera conocido nuestros tiempos.

Los ideales del liberalismo han sido frustrados permanentemente, no sólo en Colombia, sino en toda

la América Latina, se les tergiversa con los hechos, la teoría de los políticos respecto a ellos, no es más que eso, teoría.

No estamos obligados por ningún motivo a asumir la responsabilidad de esos retruécanos de la vida del liberalismo colombiano. Será más positiva nuestra labor si analizamos al desnudo los subterfugios de que han sido objeto las ideas liberales. Será una magnífica lección el hecho de hacer una sincera disección de las ambigüedades del Partido Liberal colombiano.

Una frustración desoladora

Fueron las ideas liberales las que inspiraron la lucha emancipadora de 1810 y bajo su tutela como se inició la estructuración de las instituciones políticas americanas. Sin embargo, a esas consecuencias positivas que se derivaron de la influencia liberal, hay que añadir lamentablemente una utilización funesta que se hizo de los planteamientos, con el lúgubre propósito de apuntalar privilegios.

No es —ni mucho menos— nuevo y original mi punto de vista. El discutible liberalismo de los partidos liberales americanos y específicamente del nuestro, ya ha sido advertido y señalado por personas más autorizadas que un simple estudiante de derecho. El liberalismo anticlerical de hecho está revaluado, primero, porque no es una actitud liberal y, segundo, porque no es al clero a quien se debe combatir; la lucha es con la intolerancia, sea católica, sea comunista, sea budista, sea confucionista, sea mahometana y viniere

de donde viniere. El *laissez faire*, *laissez passer*, evidentemente, si no tiene la medida de la justicia y de la responsabilidad, es antagónico con la libertad. El Estado gendarme fue una reacción frente al absolutismo, pero es tan extremista como él.

Sobre estas cosas de los principios imputados al liberalismo, es urgente aclararle la situación a un inmenso número de jóvenes liberales, para que no renieguen de sus principios y, más bien, se persuadan de la necesidad de transformar este Partido Liberal anémico, descomunal pero vacío, que se nos volvió arcaico, antediluviano y vetusto. No esperemos que los actuales dirigentes del liberalismo colombiano hagan esas transformaciones, cuando ellos están interesados en mantener la situación privilegiada que les favorece.

Tal vez sea irónico, pero en Colombia las oligarquías del dinero, las del nacimiento y las de la política adoptaron, para defender sus intereses, el amparo de las teorías más refractarias a los privilegios que querían mantener. La verdadera democracia es francamente antónima a la consolidación de las oligarquías. Las oligarquías repararon en el peligro de oponerse abiertamente a la democracia y por eso prefirieron veladamente tergiversarla y presumir de intérpretes infalibles del espíritu liberal, ante las contingencias político-sociales. De ahí que nuestro liberalismo se nos quedó enmarañado entre: el *laissez faire*, *laissez passer*, la estrategia anticlerical, las libertades teóricas y la democracia de opereta.

El liberalismo y el conservatismo también no han sido sino simples instrumentos de una minoría para encauzar, según su conveniencia, las aspiraciones populares. Al campesino conservador se le amedrentó con razones religiosas para resignarlo a admitir como inmodificable su penuria y al liberal se le ilusionó con una democracia que no ha pasado de ser una pantomima, para usufructo de la misma minoría, que interesada en mantenerse no le ha importado utilizar procedimientos nominalmente opuestos.

Las conciencias se tranquilizaron con frases como aquella de Juan Lozano y Lozano: “El conservatismo tiende a la aristocracia, aun cuando parta de las filas del pueblo; el liberalismo, a la democracia, aun cuando parta de la oligarquía”. Y ahí en las tendencias y en los buenos deseos se nos quedó de nuevo el liberalismo.

Ese remedo de democracia, esa seudodemocracia, esa pantomima de democracia fue la obra de los oligarcas americanos, con la cual afianzaron sus monopolios y establecieron sus inmunidades.

Las oligarquías sedujeron al pueblo con la libertad, reservándose, eso sí, el derecho a interpretar la libertad como la simple seguridad de la persona y el reconocimiento nominal de algunas libertades públicas.

Reiteradamente, por un complejo funesto, han querido imitar sistemas óptimos en el extranjero, sin tener en cuenta que la bondad de las leyes es relativa al espacio y al tiempo. Permanentemente han procurado

que la democracia falle por su base. Por eso se obstaculiza la educación entre nosotros. Se sabe que el funcionamiento de la democracia presupone un pueblo preparado y unos conductores capaces. Si se quieren complementar realmente las dos versiones de la democracia —de un lado la fundada en la justicia y de otro lado la fundada en la libertad— es necesario impulsar la educación en todos los niveles y con una libertad garantizada y responsable. Por eso, las oligarquías se han empeñado en someter la educación y en evitar que ella esté al alcance de personas distintas de las beneficiadas por el sistema.

Es muy claro que mientras subsista la ignorancia, no habrá manera de combatir con eficacia el núcleo económico absorbente y exclusivista: por la falta de preparación, fracasarán todas las instituciones que se inventen, entre la burocracia, el arribismo, el manzanillaje y la improbidad personal y política.

Parábolas las hay recientes

Son repetidas las circunstancias de la historia colombiana en las cuales la minoría dominante emplea ideas altruistas para amparar con ellas sendos privilegios; la más reciente es la del Frente Nacional. Creado para derrocar la dictadura y dar fin a la guerra de sectarismos, se convirtió en un instrumento de las oligarquías —constitucionalizado— con el cual, fácilmente, declaran hereje a todo aquel que se les enfrente. Está tan bien establecida la maquinaria, que aquel a quien declaran hereje, se le confunde

irremediablemente con el rojismo pecaminoso o con el comunismo espeluznante. No hay otra posibilidad para las oligarquías. Todo aquel que se oponga al Frente Nacional de los plutócratas, es un esbirro de la dictadura, o es un agente traidor a la patria, según ellos —del comunismo internacional.

Es el régimen del terror intelectual: el poderío de la prensa y de los intelectuales del sistema, enfocado a sostener injusticias de un régimen de minorías. Con un abismo de diferencias y proporciones, la actitud de muchos de los intelectuales colombianos es comparable a la de los escritores austríacos que condena Zweig en su autobiografía, a aquellos pobres diablos que se dedicaron a alabar la guerra y el patriotismo prusiano, sin apreciar la barbaridad que cometían. Tan serviles como ellos. Tan débiles como ellos. Venden el pensamiento y se venden a sí mismos, quizá venden algo más de sí mismos, algo que ya no les pertenece.

Esas minorías se defienden con todo: no respetaron ni siquiera la Constitución. La ley la colocaron al servicio del sistema, para sostenerlo, para demorar su agonía.

Ellos, los que desataron la violencia desde el gobierno y el parlamento utilizando la prensa gobiernista y de oposición; los dirigentes liberales y conservadores: los mismos que la aprovecharon económicamente; los que no respetaron las tumbas de miles de compatriotas abiertas por su culpa intelectual; los maquiavélicos de la política que apasionaron al

pueblo por objetivos estúpidos como la hegemonía; todos ellos, están hoy en el Frente Nacional por un tácito acuerdo de encubrimiento recíproco de culpas y hoy también, pretextando arrepentimiento de sus faltas, y perdón y olvido de los demás, se creen dignos de estar dirigiendo la nación, de estar conformando sus cuerpos directivos en lo político, en lo económico, en lo social y en lo moral, que es lo más cínico.

Ellos son los que hoy han conformado una inquisición velada, hipócrita. Los que se han arrogado el derecho a ejercer justicia, la misma justicia que para serlo, debería empezar por obrar sobre ellos.

Pregonando la paz, pregonando la justicia, pregonando el entendimiento han embaucado al pueblo quien, patidifuso por la violencia que desataron sobre él, les ha creído.